

David Graeber

Trabajos de mierda
Una teoría

Traducción de Iván Barbeitos García

Ariel

Índice

<i>Prefacio:</i> Sobre el fenómeno de los trabajos de mierda	11
1. ¿Qué es un trabajo de mierda?	27
2. ¿Qué tipos de trabajos de mierda hay?	59
3. ¿Por qué los que tienen trabajos de mierda suelen estar descontentos?	107
4. ¿Cómo es tener un trabajo de mierda?	147
5. ¿Por qué proliferan los trabajos de mierda?	199
6. ¿Por qué no protestamos como sociedad ante el crecimiento de los empleos inútiles?	257
7. ¿Cuáles son los efectos políticos de los trabajos de mierda, y qué se puede hacer al respecto?	323
<i>Agradecimientos</i>	375
<i>Notas</i>	377
<i>Bibliografía</i>	423

PREFACIO

Sobre el fenómeno de los trabajos de mierda

En la primavera de 2013 causé, sin quererlo, un pequeño revuelo internacional.

Todo empezó cuando recibí el encargo de escribir un artículo para una nueva revista radical llamada *Strike!* El redactor jefe me preguntó si tenía algún tema provocativo que probablemente nadie más quisiera publicar. Siempre tengo una o dos ideas como esta cociéndose en mi mente, así que redacté el borrador de un pequeño texto titulado «Sobre el fenómeno de los trabajos de mierda».

El artículo se basaba en una corazonada. Casi todo el mundo está más o menos familiarizado con cierta clase de trabajos que parecen no servir para mucho: consultores de recursos humanos, coordinadores de comunicación, investigadores de relaciones públicas, estrategias financieros, abogados corporativos o el tipo de gente (muy conocida en contextos académicos) que se pasa el tiempo en comités debatiendo el problema del exceso de comités. La lista parecía infinita. Y me pregunté: ¿estos trabajos son realmente inútiles, y los que los llevan a cabo son conscientes de esto? De vez en cuando conocemos a personas que parecen tener la impresión de que sus trabajos carecen de sentido y son innecesarios. ¿Acaso habría algo más desmoralizador que tener que levantarse pronto cinco de los siete días de la semana durante toda la vida adulta para realizar una tarea que uno, en su fuero interno, considera que no hace falta, que no es

más que una pérdida de tiempo y/o recursos, o que incluso hace del mundo un lugar peor? ¿No supondría esto una horrible afrenta psicológica para nuestra sociedad? Y si fuese así, sería una cosa de la que nadie quiere hablar. Hasta ese momento se habían efectuado ya numerosas encuestas para saber si la gente es feliz en su trabajo, pero, que yo supiese, no había ninguna sobre el hecho de que pensasen si hay o no razones de peso para que su trabajo exista.

La posibilidad de que nuestra sociedad esté llena de trabajos inútiles, posibilidad de la que, como digo, nadie quiere hablar, no parecía intrínsecamente inverosímil. El mundo del trabajo está plagado de tabúes. Incluso el hecho de que a la mayoría de la gente no le guste su trabajo y que le encante tener una excusa para no acudir a realizarlo se considera algo que no puede admitirse en televisión; al menos no en las noticias, aunque de forma ocasional se comente en documentales y en monólogos humorísticos. Yo mismo he vivido estos tabúes: en una ocasión actué de enlace con los medios de comunicación para un grupo activista que, de acuerdo con los rumores, estaba planeando llevar a cabo una campaña de desobediencia civil para colapsar el sistema de transporte de Washington D. C. como parte de una protesta contra una cumbre económica mundial. En los días previos no se podía ir a ningún sitio con pinta de anarquista sin que un funcionario público se te acercase para preguntar muy contento si era cierto que el lunes no podría ir al trabajo. Sin embargo, las cadenas de televisión se las arreglaron para entrevistar a algunos funcionarios —y no me sorprendería que fuesen los mismos que se me acercaron— que, como sabían que de otro modo no tendrían ocasión de salir en la tele, aseguraban que no poder ir al trabajo sería una terrible tragedia para ellos. Nadie parece sentirse libre para decir lo que en realidad piensa sobre este tema, al menos en público.

Era algo plausible, aunque no lo sabía con seguridad. En cierto modo, escribí el artículo como una especie de ex-

perimento. Me interesaba comprobar qué tipo de respuesta provocaría.

He aquí lo que escribí para el número de agosto de 2013 de dicha revista:

SOBRE EL FENÓMENO DE LOS TRABAJOS DE MIERDA

En el año 1930, John Maynard Keynes predijo que a finales del siglo xx la tecnología habría avanzado lo suficiente como para que países como el Reino Unido o Estados Unidos pudiesen tener jornadas laborales de 15 horas a la semana. Hay muchas razones para creer que tenía razón. En términos tecnológicos, hoy en día tal jornada sería perfectamente posible. Y, sin embargo, no solo no está implantada, sino que, por el contrario, la tecnología ha sido utilizada para conseguir que todos trabajemos aún más. Para ello se han tenido que crear empleos que son inútiles: muchísimas personas, sobre todo en Europa y Norteamérica, pasan toda su vida laboral efectuando tareas que, en su fuero interno, piensan que no haría falta realizar. El daño moral y espiritual que produce esta situación es realmente profundo; es una cicatriz en nuestra alma colectiva, pero casi nadie habla de ello.

¿Por qué la prometida utopía de Keynes —aún esperada con ansia en los 60— no ha llegado nunca a materializarse? La respuesta más habitual es que no tuvo en cuenta el enorme incremento del consumismo. Entre trabajar menos horas o tener más juguetes y más placeres, hemos escogido la segunda opción. Si fuese así, la moraleja estaría clara, pero apenas un momento de reflexión nos lleva a pensar que no puede ser cierto. De hecho, desde los años 20 hemos sido testigos de la creación de una infinita variedad de nuevos trabajos y empresas, pero muy pocos de ellos tienen algo que ver con la producción y distribución de sushi, iPhones o zapatillas deportivas caras.

Así pues, ¿cuáles son estos nuevos trabajos exactamente? Un informe reciente sobre la evolución del empleo en Estados Unidos entre 1910 y 2000 ofrece ejemplos claros (muy similares a los del Reino Unido durante los mismos años, cabría añadir). A lo largo del pasado siglo, el número de trabajadores empleados en el servicio doméstico, en la industria y en el sector agropecuario se

redujo drásticamente, mientras que «los profesionales, gestores, administrativos, vendedores y empleados en servicios en general» se triplicaron, pasando «de la cuarta parte a las tres cuartas partes de la fuerza laboral». En otras palabras, los trabajos productivos, como se había predicho, se han automatizado enormemente. (Incluso en términos globales, contabilizando a todas las personas empleadas en el sector industrial en el mundo, incluidas las esforzadas poblaciones de India y China, este tipo de trabajadores ya no suponen un porcentaje de la población mundial tan elevado como lo era antaño.)

En lugar de producirse una importante reducción de las horas de trabajo, que hubiera liberado a la población mundial y le hubiera permitido dedicarse a sus propios proyectos, placeres, visiones e ideas, hemos asistido a un enorme aumento del sector «servicios» —no tanto del sector en su conjunto, sino específicamente de la parte más administrativa, incluyendo en ella la creación de nuevas empresas como las destinadas a servicios financieros o a la venta a distancia—, así como a la expansión sin precedentes de colectivos como los que se ocupan del derecho corporativo, la administración académica o sanitaria, los recursos humanos y las relaciones públicas. Y en esta relación ni siquiera se incluye a todas las personas cuyo trabajo consiste en proporcionar apoyo administrativo, técnico o de seguridad para las empresas mencionadas, ni tampoco a las integradas en el sinfín de empresas centradas en tareas auxiliares (bañar perros, repartir pizza a domicilio las 24 horas, etc.), que solo existen porque todos los demás trabajadores se dedican al resto de los trabajos.

Estos son los que se podrían llamar «trabajos de mierda».

Da la impresión de que hay alguien ahí fuera creando trabajos sin sentido solo para mantenernos ocupados. Y este es el principal misterio, ya que, en teoría, precisamente en el capitalismo este tipo de cosas no deberían suceder. En los viejos e ineficientes Estados socialistas como la antigua Unión Soviética, en los que el empleo se consideraba un derecho y un deber sagrado, el sistema creaba tantos empleos como fuesen necesarios. (Por esta razón, en las tiendas soviéticas solía haber tres dependientes para vender un trozo de carne.) Sin embargo, esta es exactamente la clase de problema que se supone que solucionan los mercados competi-

vos. De acuerdo con los postulados de la teoría económica, lo último que haría una empresa con ánimo de lucro sería despilfarrar dinero pagando a trabajadores que en realidad no necesita. Y, sin embargo, esto es lo que de alguna manera está sucediendo.

Aunque muchas empresas llevan a cabo despidos masivos, estos recaen invariablemente en las personas que en realidad fabrican, transportan, arreglan o conservan cosas. Debido a una extraña alquimia que nadie puede explicar, el número de chupatintas asalariados parece expandirse sin freno, y cada vez más empleados se encuentran presentes en su lugar de trabajo —de manera similar a los trabajadores soviéticos, de hecho— cuarenta o incluso cincuenta horas a la semana, pero trabajando realmente unas quince horas, tal y como predijo Keynes, ya que el resto del tiempo lo pasan organizando seminarios de motivación o asistiendo a ellos, actualizando sus perfiles de Facebook o descargando series.

Está claro que la respuesta a la pregunta que nos hacíamos al comienzo de este artículo no es económica, sino moral y política. Los miembros de la clase dominante han llegado a la conclusión de que una población feliz y productiva con tiempo libre en sus manos es un peligro mortal. (Piensa en lo que empezó a suceder cuando esto apenas apuntaba como posibilidad en los 60.) Y, por otra parte, resulta extraordinariamente conveniente para ellos la creencia de que el trabajo es un valor moral en sí mismo, y de que todo aquel que no esté dispuesto a someterse a algún tipo de intensa disciplina laboral durante la mayor parte de sus horas de vigilia no merece nada.

Una vez, pensando en el incremento en apariencia interminable de las tareas administrativas dentro de los departamentos académicos británicos, me vino a la mente una posible visión del infierno: un montón de individuos que pasan la mayor parte de su tiempo haciendo tareas que no les gustan y en las que no se desenvuelven especialmente bien. Digamos, por ejemplo, que fueron contratados por ser excelentes ebanistas, y entonces descubrieron que se esperaba que pasaran gran parte del tiempo friendo pescado. En realidad, la tarea es innecesaria (o, al menos, solo existe una cantidad muy limitada de pescado para freír), pero de alguna manera todos están tan obsesionados por el resentimiento que les produce pensar que algunos de sus colegas pueden estar pasando

más tiempo que ellos trabajando la madera y escaqueándose de sus responsabilidades en la fritura que en poco tiempo se forman interminables pilas de pescado mal cocinado y que no sirve para nada amontonándose por todas partes, y esto es en realidad todo lo que se hace.

En mi opinión, esta es una descripción bastante acertada de la dinámica moral de nuestra propia economía.

Soy consciente de que este argumento va a suscitar objeciones inmediatas: «¿Quién eres tú para decidir qué trabajos son realmente “necesarios”? ¿De todos modos, qué significa *necesario*? Tú eres profesor de Antropología: ¿acaso este trabajo es “necesario”?». (En realidad, muchos lectores de tabloides considerarían la existencia de mi trabajo como la definición perfecta de gasto social inútil.) Y en cierto modo, todo esto es cierto: no es posible medir de forma objetiva el valor social.

Jamás me atrevería a decir a nadie que está convencido de que realiza una contribución significativa al mundo que en realidad no es así, pero ¿qué pasa con los que piensan que sus propios trabajos carecen de sentido? Hace poco retomé el contacto con un amigo del colegio al que no había visto desde los quince años y me sorprendió descubrir que durante todo ese tiempo había sido primero poeta y después líder de un grupo de rock indie. Yo mismo había escuchado algunas de sus canciones en la radio sin tener ni idea de que el cantante era alguien que conocía. No cabía duda de que era una persona brillante e innovadora, y que su trabajo alegraba y mejoraba las vidas de otras personas en todo el mundo. Sin embargo, después de un par de discos de poco éxito perdió su contrato discográfico y, asediado por las deudas y con una hija recién nacida, acabó, según sus propias palabras, «optando por el camino de los que no saben qué hacer con su vida: estudiar Derecho». Hoy en día es abogado corporativo en una importante empresa de Nueva York, y no tuvo ningún problema en admitir que su trabajo carece totalmente de sentido, que no contribuye en nada a la sociedad y que, en su opinión, en realidad no debería existir.

Hay muchas preguntas que se podrían plantear en relación con este caso, empezando por: ¿qué clase sociedad tenemos que genera una demanda tan reducida de poetas y músicos con ta-

lento y tan aparentemente ilimitada de especialistas en derecho corporativo? (Respuesta: si el 1 por ciento de la población controla la mayor parte de la riqueza disponible, lo que llamamos «el mercado» solo refleja lo que ellos, y nadie más, juzga útil o importante.) Más aún, demuestra que la mayoría de la gente con trabajos inútiles es consciente de ello. De hecho, no creo haber conocido nunca a un abogado corporativo que no piense que su trabajo es una mierda. Y lo mismo ocurre en casi todas las nuevas actividades comentadas anteriormente. Existe un amplio grupo de profesionales asalariados que, si uno los encuentra en una fiesta y admite que se dedica a algo que puede considerarse interesante (por ejemplo, la antropología), evitarán por todos los medios hablar de su profesión; invítalos a unas copas, y en poco tiempo estarán despotricando y lamentándose de lo inútil y estúpido que es su trabajo.

Estamos hablando de una violencia psicológica muy profunda. ¿Cómo puede uno empezar siquiera a hablar de dignidad en el trabajo cuando en el fondo siente que su propio trabajo no debería existir? ¿Cómo puede esto no provocar una sensación de enorme rabia y resentimiento? Sin embargo, esa es la peculiar genialidad de nuestra sociedad: que nuestros gobernantes, como en el ejemplo de los que fríen el pescado, han encontrado la forma de asegurarse de que esa rabia se dirija precisamente contra aquellos que sí tienen un trabajo con sentido. Por ejemplo: en nuestra sociedad parece existir una regla general que dicta que, cuanto más obvio es el beneficio que un trabajo reporta a las demás personas, mayor es la probabilidad de que esté mal pagado. Vuelvo a decir que es muy difícil establecer una medida objetiva, pero una forma sencilla de hacerse una idea es preguntarse: ¿qué pasaría si una clase concreta de profesionales desapareciera de repente? Se diga lo que se diga sobre los enfermeros, los recogedores de basura y los mecánicos, es obvio que los resultados de que se esfumasen serían inmediatos y catastróficos. Un mundo sin profesores y estibadores no tardaría en estar en apuros, e incluso uno sin escritores de ciencia ficción o músicos de ska sería un mundo peor. No está muy claro de qué forma sufriría la humanidad si se desvaneciesen los gestores financieros, los grupos de presión, los investigadores de relaciones públicas, los actuarios, los vende-

dores telefónicos, los alguaciles o los asesores legales¹ (muchos sospechan que, de hecho, el mundo podría mejorar de manera notable). Lo que sí está claro es que, si pasamos por alto un puñado de excepciones bien conocidas (los médicos, por ejemplo), la regla se cumple sorprendentemente bien.

Lo que es aún más perverso es que parece existir una sensación general de que así es como tiene que ser. Este es uno de los puntos fuertes del populismo de derechas y se pone de manifiesto cuando los tabloides azuzan la animadversión contra los trabajadores del metro por paralizar Londres para defender sus condiciones laborales; el hecho mismo de que estos trabajadores puedan paralizar Londres demuestra que su trabajo es muy necesario, pero parece que es esto precisamente lo que molesta a mucha gente. En Estados Unidos resulta aún más claro, pues allí los republicanos han conseguido un éxito extraordinario a la hora de activar la indignación popular contra los docentes y los obreros de la industria automotriz (y, de manera significativa, no contra los administradores escolares o los ejecutivos de la industria, que son los que realmente causan los problemas) por sus «inflados» salarios y prestaciones. Parece como si exclamaran: «Pero ¡si vosotros podéis enseñar a los niños! ¡O fabricar coches! ¡Conseguís trabajos de verdad! ¿Encima tenéis la osadía de reclamar también pensiones o asistencia sanitaria de clase media?».

Si alguien hubiera deseado proyectar el régimen laboral más adecuado para conservar el poder del capital financiero, resulta difícil imaginar cómo podría haberlo hecho mejor. Los trabajadores productivos que sobreviven son presionados y explotados de forma implacable, mientras que el resto se divide entre el aterrorizado estrato de los universalmente denigrados desempleados y un estrato social algo mayor formado por los que, en esencia, reciben un sueldo por no hacer nada, en puestos concebidos para inducirles a identificarse con las perspectivas y las sensibilidades de la clase dirigente (gestores, administradores, etc.) —y en especial con sus avatares financieros—, y por otro lado para incentivar, al mismo tiempo, un resentimiento larvado contra todo aquel cuyo trabajo tenga un valor social claro e innegable. Por supuesto, tal sistema nunca fue diseñado de manera consciente y surgió como resultado de cerca de un siglo de

prueba y error, pero es la única explicación de por qué, pese a los enormes avances tecnológicos, no tenemos todos jornadas laborales de tres o cuatro horas.

Si alguna vez la hipótesis desarrollada en un artículo fue confirmada por la forma en que fue recibida, sin duda alguna esta fue una de ellas: «Sobre el fenómeno de los trabajos de mierda» provocó una verdadera conmoción.

Lo más irónico fue que mi pareja y yo habíamos escogido precisamente las dos semanas posteriores a la publicación del artículo para pasarlas aislados con una maleta de libros en una cabaña en los bosques de Quebec. Habíamos optado voluntariamente por un sitio sin conexión a internet, lo cual me dejó en la incómoda situación de tener que seguir los acontecimientos a través de mi teléfono móvil. El artículo se hizo viral casi de inmediato. En pocas semanas ya se había traducido a más de una docena de idiomas; entre ellos, alemán, noruego, sueco, francés, checo, rumano, ruso, turco, lituano, polaco, griego, estonio, catalán y coreano, y el artículo fue publicado en periódicos de distintos países, desde Suiza hasta Australia. La página web de *Strike!* recibió más de un millón de visitas y se colgó innumerables veces por exceso de tráfico. Surgieron blogs que hablaban del tema por todas partes, y las secciones de comentarios se llenaron de confesiones de trabajadores y profesionales de oficina; mucha gente me escribió pidiendo consejo o para decirme que les había inspirado para dejar sus trabajos y buscar algo más significativo. He aquí una entusiasta respuesta (de las cientos que pude leer) de la sección de comentarios del diario australiano *Canberra Times*:

¡Guau! ¡Has dado en el clavo! Soy abogado corporativo (especializado en demandas fiscales, para ser exactos). Mi contribución a este mundo es totalmente nula y siempre me siento deprimido por ello. Odio cuando la gente tiene la cara dura de decirme: «¿Por qué lo haces entonces?», porque está claro que no es tan sencillo.

Resulta que ahora mismo es la única forma que tengo para pagar mi contribución a ese uno por ciento más rico y recibir a cambio una casa en Sídney donde criar a mis futuros hijos [...]. Es probable que, gracias a la tecnología, actualmente seamos capaces de producir en dos días lo que antes producíamos en cinco, pero, por culpa de la avaricia y un cierto síndrome de productividad de hormiguita, aún nos exigen que nos dejemos esclavizar en beneficio de otros y olvidemos nuestras aspiraciones no remuneradas. Tanto si crees en la evolución como en el diseño inteligente, el ser humano no está hecho para trabajar, por lo que, en mi opinión, todo es pura codicia alimentada por los inflados precios de las necesidades.²

En un momento dado, recibí un mensaje de un fan anónimo que decía formar parte de un grupo que espontáneamente estaba difundiendo el artículo en el mundo de los servicios financieros y me comentaba que ese mismo día había recibido cinco correos electrónicos con el artículo (lo que sin duda confirma que muchos de los trabajadores financieros no tienen mucho que hacer). Ahora bien, nada de esto respondía a la pregunta sobre qué piensa en realidad la gente de su trabajo —más allá de ofrecer sutiles indicios a los demás—, pero en poco tiempo empezaron a aparecer datos estadísticos.

El 5 de enero de 2015, algo más de un año después de la publicación del artículo, el primer lunes del año —es decir, el día en el que la mayoría de los londinenses regresaban al trabajo tras las vacaciones de Navidad— alguien pegó encima de varios cientos de anuncios publicitarios de los vagones del metro de la ciudad una serie de carteles activistas con citas del artículo original. Las cuatro frases escogidas fueron las siguientes:

- Muchísimas personas pasan toda su vida laboral efectuando tareas que, en su fuero interno, piensan que no haría falta realizar.
- Da la impresión de que hay alguien ahí fuera creando trabajos sin sentido solo para mantenernos ocupados.

- El daño moral y espiritual que produce esta situación es realmente profundo; es una cicatriz en nuestra alma colectiva, pero casi nadie habla de ello.
- ¿Cómo se puede empezar siquiera a hablar de dignidad en el trabajo cuando en el fondo uno siente que su propio trabajo no debería existir?

La respuesta a esta campaña de los carteles fue una nueva avalancha de noticias y debates en los medios de comunicación (yo mismo aparecí brevemente en *Russia Today*), y en consecuencia la agencia de sondeos YouGov se propuso poner a prueba la hipótesis y realizó una encuesta entre los británicos, utilizando para las preguntas un lenguaje extraído directamente del artículo; por ejemplo: «¿Su trabajo aporta algo significativo al mundo?». Sorprendentemente, más de un tercio de los encuestados —el 37 por ciento— respondió que creía que no (mientras que el 50 por ciento opinaba que sí, y el 13 por ciento no estaba seguro).

El porcentaje de los que pensaban que su trabajo no aportaba nada significativo al mundo era casi el doble de lo que había imaginado, pues creía que el porcentaje de trabajos de mierda estaba probablemente en torno al 20 por ciento. Además, una encuesta posterior en Holanda mostró unos resultados muy similares; de hecho, algo más elevados, ya que el 40 por ciento de los trabajadores holandeses afirmaron que en realidad sus trabajos no tenían razones sólidas para existir.

Así pues, la hipótesis no solo se vio confirmada por la reacción pública, sino también, y de forma abrumadora, por estudios estadísticos.

Está claro, por tanto, que nos encontramos ante un importante fenómeno social que apenas ha recibido atención sistemática,³ por lo que para muchos el mero hecho de tener la oportunidad de hablar de ello fue casi una catarsis. Era obvio que se necesitaba explorar más el tema.

Lo que me propongo hacer aquí es un poco más metódico que el ensayo original. El artículo de 2013 fue escrito para una revista sobre políticas revolucionarias, por lo que hacía hincapié en las implicaciones políticas del problema. El artículo se centraba únicamente en una de las hipótesis que estaba desarrollando en un momento en el que la ideología neoliberal (de «libre mercado») que ha dominado el mundo desde Thatcher y Reagan se había convertido en lo contrario de lo que afirmaba ser; en realidad, era ya un proyecto político disfrazado de proyecto económico.

Había llegado a esta conclusión porque me parecía la única forma de poder explicar el comportamiento de los poderosos. Aunque la retórica neoliberal se ha centrado siempre en la magia del mercado y ha defendido la eficiencia económica por encima de todas las cosas, el resultado global de las políticas de libre mercado ha sido que las tasas de crecimiento económico se han reducido en casi todas partes menos en India y China. Los avances científicos y tecnológicos se han estancado, y en la mayoría de los países ricos es probable que, por primera vez en varios siglos, las generaciones más jóvenes tengan una vida menos próspera que la de sus padres. Pese a ello, los defensores de la ideología del libre mercado siempre responden pidiendo dosis más elevadas de la misma medicina, y los políticos les siguen el juego sin rechistar. Esto me pareció muy raro. Si una empresa privada contratase a un consultor para diseñar un plan de negocio y la aplicación de dicho plan tuviese como resultado una fuerte caída de los beneficios, tal consultor sería despedido de manera fulminante, o al menos se le exigiría que reformulase totalmente su plan. Sin embargo, no daba la impresión de que ocurriese lo mismo con las reformas de mercado: cuanto más fallaban, más duramente se aplicaban. La única conclusión lógica es que las decisiones ya no se basaban en imperativos económicos.

¿En qué, entonces? Me parecía que la respuesta tenía que ver con la mentalidad de la clase política. Casi todos los

que tomaban las decisiones más importantes habían ido a la universidad en los años 60, cuando los campus eran el epicentro mismo del fermento político, y parecían estar dispuestos a todo para que tal cosa no volviese a ocurrir. Por tanto, aunque es posible que les preocupase el descenso de los indicadores económicos, también estaban encantados de comprobar que la combinación de la globalización, la reducción del poder de los sindicatos y la creación de una fuerza laboral desprovista de estabilidad y a la vez estresada —junto con agresivas falsas promesas de un retorno a la liberación personal hedonista de los 60 (lo que se conoce como «liberalismo vital, conservadurismo fiscal») — había provocado simultáneamente el aumento imparable de la riqueza y el poder de los ricos y poderosos y la destrucción total de los cimientos de cualquier desafío organizado en contra de ese poder. Puede que el sistema no haya funcionado en el ámbito económico, pero en el político ha ido a las mil maravillas, tanto que tienen muy pocos incentivos para abandonar tales políticas. Todo lo que hice en el ensayo fue seguir esta idea: cada vez que se encuentra a alguien haciendo algo en nombre de la eficiencia económica, pero que en realidad parece una labor irracional en el ámbito económico (por ejemplo, pagar a alguien por no hacer nada en todo el día), lo mejor es preguntarse, como hacían los romanos, «*qui bono?*» (¿a quién beneficia?) y de qué forma lo hace.

No se trata de una teoría conspirativa, sino más bien de una teoría anticonspirativa. Lo que me preguntaba era por qué no se hacía algo. Las políticas económicas surgen por todo tipo de razones, pero, si una determinada política económica causa problemas a los ricos y poderosos, esa gente rica e influyente presionará a las instituciones para que hagan algo al respecto. Esta es la razón por la que, tras la crisis financiera de 2008-2009, fueron rescatados los grandes bancos de inversión pero no lo fueron los particulares con hipotecas. La proliferación de trabajos de mierda, como veremos, se produjo por diversas razones, pero la pregunta que me plan-

teaba era por qué nadie intervino (o *conspiró*, si lo prefieren) para hacer algo al respecto.

En este libro pretendo hacer mucho más que eso.

En mi opinión, el fenómeno de los empleos de mierda nos puede abrir una ventana para poder ver problemas sociales mucho más profundos. Es preciso que no solo nos preguntemos cómo es posible que exista un porcentaje tan elevado de trabajadores que realizan tareas que ellos mismos juzgan inútiles, sino también por qué tanta gente está convencida de que este estado de las cosas es normal, inevitable o incluso deseable. Y lo que resulta aún más extraño es por qué, a pesar del hecho de que muchas personas defienden estas opiniones en abstracto, y que incluso consideran apropiado que los que efectúan estos trabajos sin sentido deban estar mejor pagados y recibir más honores y reconocimiento que aquellos que llevan a cabo un trabajo que estiman útil, se sienten deprimidos y desgraciados si ellos mismos acaban recibiendo dinero por no hacer nada en general o por no hacer nada que sientan que beneficia a los demás de alguna manera. Está claro que existe un conjunto de ideas e impulsos contradictorios, y una de las cosas que me propongo hacer en este libro es poner un poco de orden en este tema. Para ello intentaré responder a preguntas prácticas como «¿por qué existen los trabajos de mierda?» y a otras más profundas e históricas como «¿cuándo y cómo empezamos a creer que la creatividad tiene que ser dolorosa, o cómo se nos ocurrió que es posible vender nuestro tiempo?». Por último, abordaré cuestiones fundamentales sobre la naturaleza humana.

Este libro también tiene un objetivo político.

Me gustaría que fuese una flecha dirigida al corazón de nuestra civilización. Hay algo profundamente equivocado en aquello en lo que nos hemos convertido: somos una civilización basada en el trabajo, pero ni siquiera en el «trabajo productivo», sino en el trabajo como un fin en sí mismo.

Hemos llegado a creer que los hombres y las mujeres que no se esfuerzan más duramente de lo que desean en empleos que no les gustan son mala gente, indigna de recibir amor, atención o asistencia por parte de sus comunidades. Es como si hubiésemos dado nuestro consentimiento colectivo para nuestra propia esclavización. La reacción política de la mayoría de la gente al ser consciente de que dedicamos la mitad de nuestro tiempo a actividades que carecen totalmente de sentido o incluso son contraproducentes —por lo general bajo las órdenes de alguien que no nos gusta— es hervir de rabia por el hecho de que pueda haber otras personas por ahí que no han caído en la misma trampa. El resultado es que el resentimiento, el odio y la sospecha se han convertido en el pegamento que mantiene unida a la sociedad. Es una situación desastrosa, y deseo fervientemente que termine.

Si este libro puede contribuir de algún modo a que tal cosa ocurra, sin duda habrá merecido la pena escribirlo.